

—En fin, caballero, mi pobre dueña ¡cree en los espíritus!

— ¡Perfectamente!—contesté.—No es la única persona de su sexo y de su edad que tiene esa creencia, y esto no hace daño a nadie.

—Pero lo hace a veces a los mismos que piensan así, y si el señor temiese algo en esta habitación, yo podría jurarle que no ocurrirá nada.

— ¡Peor para mí! Hubiera tenido gran satisfacción en ver alguna cosa sobrenatural... Las apariciones están muy en su lugar en las antiguas residencias, y ésta es tan hermosa, que sólo hubiera sabido representarme los fantasmas más agradables.

— ¡De veras! ¿el señor ha oído entonces hablar de algo?

— ¿Referente a esta casa, a esta habitación? Nunca; y estoy esperando que me explique usted:..

—Pues bien, caballero, se trata de esto. En el año... yo no lo sé, pero fué

en la época de Enrique II; el señor sabrá mejor que yo cuánto tiempo ha pasado desde entonces; vivían aquí tres señoritas, las herederas de la familia de Ionis, hermosas como un sol y tan amables que todo el mundo las adoraba. Una perversa dama de la corte, que estaba celosa de ellas, hizo envenenar el agua de la fuente de la cual bebían y que se utilizaba, además, para hacerles el pan. Las tres murieron en una sola noche, y, a lo que se cree, en esta misma habitación. Pero esto no es muy seguro y no se ha supuesto hasta hace poco tiempo. Ciertamente que en esta comarca se contaba un cuento a propósito de tres damas blancas que durante mucho tiempo se dejaron ver en la casa y en los jardines; pero eso era tan antiguo que ya nadie pensaba en ello ni lo creía, cuando un amigo de la casa, el reverendo padre Lamyre, hombre de buen humor y hermosas palabras, habiendo dormido en esta ha-

bitación, soñó, o fingió haber soñado, que habían venido tres mujeres verdes a hacerle predicciones. Y al notar que su sueño interesaba a la señora condesa viuda y divertía a la señora condesa, su nuera, inventó cuanto le vino en gana e hizo hablar a su gusto a los espíritus con tal maña, que la señora condesa viuda está convencida de que podría saberse el porvenir de la familia y el del proceso que atormenta al señor conde, si se consiguiera que estos fantasmas volviesen y hablasen. Pero como ninguna de las personas que se han alojado en este aposento ha visto nada y todas se han reído de sus preguntas, mi dueña está decidida a hacer dormir aquí a las que no saben nada, y que, por lo tanto, no piensan en inventar apariciones ni en ocultar las que hayan podido ver. Y por esto ha mandado que le destinasen esta habitación sin decirle nada; pero como la señora no es quizás muy... lista, no ha po-

dido privarse de hablarme de los tres panes delante de usted.

—Es verdad, los tres panes y, luego, las tres jarras, eran a propósito para darme qué pensar. Sin embargo, confieso que no encuentro nada absolutamente que tenga relación...

—¡Ah! sí, señor. Las tres señoritas de la época de Enrique II ¡fueron envenenadas por el pan y el agua!

—Bien veo ahora la relación, pero no comprendo cómo esta ofrenda, si realmente lo es, puede serles agradable. ¿Qué piensa usted de esto?

—Yo creo que sus almas, dondequiera que se encuentren, no saben nada o poco les importa—dijo Ceferina con acento de superioridad modesta.—Pero es preciso que usted sepa cómo le han venido estas ideas a mi buena y anciana señora. Le traigo el manuscrito que la señora de Ionis, su hija política, doña Carolina, como la llamamos aquí, ha descifrado por sí

misma entre unos viejos garabatos descubiertos en los archivos de la familia. Esta lectura le interesará más que mi conversación, y voy a darle las buenas noches... aunque después de dirigirle un pequeño ruego.

—Con mucho gusto, estimada señorita, ¿qué puedo hacer en su obsequio?

—No hablar a nadie en el mundo, como no sea a doña Carolina, que no lo encontrará mal hecho, de mi visita; pues si la señora condesa viuda supiese que le he advertido, me reñiría y no se fiaría ya nunca de mí.

—Se lo prometo; y ¿qué debo decir mañana, si se me pregunta sobre mis visiones?

— ¡Ah! vea usted, caballero... Es necesario que tenga la bondad de inventar algo, un sueño sin pies ni cabeza, lo que usted quiera, con tal que se trate de tres señoritas: de no ser así, la señora condesa viuda estaría como alma en pena y me echaría la

culpa a mí, diciendo que no he colocado los panes, las jarras y el salero; o bien, que le he advertido y que su incredulidad ha impedido la aparición. Está convencida del mal humor de *estas señoras*, y de que se niegan a mostrarse a quienes se burlan de ellas por anticipado, aunque sólo sea con el pensamiento.

Al quedarme solo, después de prometer a Ceferina que me prestaría al capricho de su señora, abrí y leí el manuscrito, del que sólo citaré las circunstancias relacionadas con mi historia. La de las tres señoritas me pareció pura leyenda contada por la señora de Ionis, tomando como base documentos no muy auténticos, que criticaba por sí misma en el tono ligero y burlón que estaba de moda entonces.

Paso, pues, en silencio la crónica fríamente comentada, de las tres muertas, que me había parecido más interesante en los labios sobrios de Ceferina, y

sólo reproduzco el fragmento siguiente, transcripto por la señora de Ionis de un manuscrito fechado en 1650 y redactado por un antiguo capellán de la casa:

«Es verdad que he oído contar en mi juventud, cómo la residencia de Ionis fué poseída por los espíritus, en número de tres, y que mostraban el aspecto de damas ricamente vestidas, las cuales, sin amenazar a nadie, parecían buscar algo en las habitaciones y dependencias de la casa. No habiendo podido ahuyentarlas las misas y oraciones rezadas a su intención, se pensó en hacer bendecir tres panes blancos para ponerlos en la habitación en que habían fallecido las señoritas de Ionis. En aquella noche vinieron sin hacer ruido ni asustar a nadie con su aspecto, y se vió al día siguiente que habían como mordisqueado los panes al modo de los ratones, pero sin llevarse nada de ellos; y en la noche siguiente vol-

vieron a quejarse y hacer crujir las puertas y rechinar los pestillos. Por ello, se pensó en ponerles tres cántaros de agua clara, de la cual tampoco bebieron, pero la derramaron en parte. Por fin, el prior de San *** aconsejó que se las calmase por completo ofreciéndoles un salero lleno de sal blanca, por la razón de que habían sido envenenadas por un pan sin sal; desde que se hizo así, oyóseles entonar un cántico hermosísimo, en el que, según se asegura, prometían en latín bendiciones y grandes prosperidades a la rama segundona de Ionis, que había recogido su herencia.

»Esto ocurrió, según se me ha dicho, en el tiempo de Enrique IV, y luego no se ha vuelto a oír hablar de ello; pero se ha creído, hasta mucho tiempo después, que, haciéndoles esta ofrenda a media noche, en la casa de Ionis, puede atraérselas y saber por ellas las cosas del porvenir. Y llega a decirse

que si por azar se encuentran sobre una mesa, en esta residencia, tres panes, tres jarras y un salero, se ven y se oyen en aquel lugar cosas sorprendentes.»

La señora de Ionis había añadido a este fragmento la siguiente reflexión: «Es muy sensible para la casa de Ionis, que este hermoso milagro haya cesado; todos sus miembros hubieran sido más virtuosos y más prudentes; pero, aunque tengo en mis manos una fórmula de invocación redactada por algún astrólogo adjunto a la casa en otro tiempo, no espero que las *damas verdes* quieran volver nunca más.»

Quedé un rato absorto, no por el efecto de esta lectura, sino por la hermosa letra de la señora de Ionis y por la elegante redacción de las restantes reflexiones que acompañaban a la leyenda.

No hacía, como ahora me lo permito, la crítica del fácil escepticismo de esta

hermosa señora. En este género me encontraba a su altura. La moda era tomar las cosas fantásticas, no por su lado artístico, sino por su lado ridículo. Empezaba uno a sentirse orgulloso de no incurrir ya en los cuentos de nodriza, en las supersticiones propias de las veladas transcurridas junto a la chimenea.

Por lo demás, hallábame bastante dispuesto a enamorarme. Tanto me habían hablado en casa de esta amable persona, y tanto me había encargado mi madre al marcharme que no me dejase trastornar la cabeza, que esto estaba ya conseguido a medias. En aquella época sólo había amado a dos o tres primas, y estos amores, cantados por mí en versos tan castos como mis llamas, no me habían consumido el corazón de tal modo que no estuviese dispuesto a dejarse incendiar de un modo mucho más serio.

Conmigo había traído un legajo que

mi padre me invitaba a estudiar. Abrílo concienzudamente; pero luego de haber leído algunas páginas con los ojos, sin que me llegase al cerebro una sola palabra, hube de reconocer que este modo de estudiar era perfectamente inútil, y tomé el prudente partido de renunciar a ello. Creí reparar los efectos de mi pereza pensando formalmente en el pleito de los Ionis, que tenía en la punta de los dedos, y preparé los argumentos que debían convencer a la condesa de la marcha que importaba seguir. Sólo que cada uno de estos argumentos maravillosos terminaba, sin saber yo cómo, en algún madrigal amoroso sin relación muy directa con los procedimientos.

El apetito me asaltó en medio de este importante trabajo. No son las Musas tan rigurosas con los hijos de familia acostumbrados a la buena vida, que les priven de cenar a gusto. Dispúseme, pues, a honrar el pastel que

me sonreía a través de mis legajos y de mis hemistiquios, y desdoblé la servilleta colocada sobre mi plato, en la que, con gran sorpresa, encontré un cuarto pan.

Esta sorpresa cedió pronto el lugar a un razonamiento muy sencillo: si, según los proyectos y previsiones de la viuda, los tres panes cabalísticos deben quedar intactos, justo es que haya otro, consagrado a la satisfacción de mi apetito. Luego probé los vinos, y tan buena me pareció su calidad, que generosamente hice a los fantasmas el sacrificio de no empezar ni una sola de las jarras de agua que les estaban destinadas.

Y, sin dejar de comer con el mejor gusto, me puse por fin a pensar en esa crónica y a preguntarme cómo contaría los prodigios que no podía dispensarme de haber presenciado. Lamenté que Ceferina no me hubiese dado más detalles sobre los caprichos supuestos de

las tres muertas. El extracto del manuscrito de 1650 no era bastante explícito: ¿debían esas señoras aguardar a que estuviese dormido, para venir como los ratones a mordisquear sobre mi mesa los panes que, según era sabido, tanto les gustaban? ¿o bien, iban a aparecérseme de un momento a otro y a sentarse una a mi izquierda, otra a mi derecha, y la tercera enfrente de mí?

Dieron las doce de la noche, ¡era la hora clásica, la hora fatal!

II

LA APARICIÓN

Sonó la última campanada sin que se ofreciese a mi vista ninguna aparición. Me puse en pie pensando que estaba dispensado de ellas: había acabado de comer, y, después de una docena de leguas a caballo, empezaba a sentir la necesidad del descanso, cuando el reloj de la residencia, cuyo timbre muy hermoso, era grave y sonoro, comenzó de nuevo los cuatro cuartos y las doce campanadas con imponente lentitud.

¿Confesaré que me sentí un poco